

CELEBRACIÓN EN MEMORIA DEL P. JOSÉ MARÍA LERCHUNDI

Cripta de la catedral de Tánger. Lugar de su sepultura
Aniversario de su muerte
8 DE MARZO DE 2024

Paz y bien. Cuando celebramos el 128 aniversario del fallecimiento, a los 60 años de edad del P. José María Lerchundi y con motivo del inicio de la apertura de su proceso de canonización, que cuenta con el apoyo de los obispos de la Conferencia Episcopal del Norte de África, vamos a iniciar la tradición de celebrar la Eucaristía aquí, en la cripta de la catedral, donde se encuentra su sepulcro junto con los de otros dos ilustres franciscanos que tuvieron la responsabilidad de pastorear a la Iglesia que peregrina en Marruecos y, de modo particular en Tánger: Los obispos Francisco María de Cervera y José María Betanzos.

Iniciamos, pues, una tradición que esperamos se prolongue hasta que los restos mortales del P. Lerchundi puedan ser trasladados a la catedral.

En la celebración eucarística que celebraremos el día 8 de cada mes iremos conociendo progresivamente la rica vida humana y espiritual del P. Lerchundi, hoy me voy a limitar a ofreceros algunos rasgos de su biografía que nos ayuden a adentrarnos en la personalidad apasionante de una de las personas que han marcado la vida de la Iglesia y la sociedad marroquí a lo largo de buena parte del siglo XIX.

El P. José Lerchundi (el nombre de María que la acompaña lo adopta al hacer su profesión como franciscano), nació en Orio (Guipúzcoa) el 24 de febrero de 1836; fue educado con esmero en su niñez por un tío suyo

sacerdote, siendo un adolescente entró en contacto religioso y cultural con los franciscanos exclaustros del santuario de Aránzazu, y, en 1855, cuando tiene diecinueve años, y las rígidas leyes desamortizadoras de 1836 comenzaban a suavizarse, autorizándose la apertura de ciertos colegios en los que formar religiosos con vocación misionera, José Lerchundi fue de los primeros que solicitó plaza al abrirse el convento franciscano de Priego (Cuenca). Concluidos los estudios de Humanidades y Teología fue ordenado sacerdote en 1859, y, tras un período de recuperación de una salud siempre frágil, fue destinado a la misión franciscana de Marruecos, entonces en vías de restauración, superado el periodo de la exclaustrosación. Desembarcó en Tánger a principios de 1862. Los primeros años los pasó en distintas casas-misión del litoral marroquí atlántico, desde Tetuán -al norte- hasta Safi -al sur-, lo que le permitió hacerse una idea cabal del país y de la sociedad musulmana. Destinado a Tetuán, como superior de su pequeño y provisional convento, pudo ya entregarse enteramente al estudio de la lengua del país: el árabe. En contacto muy directo con el pueblo musulmán, alcanzó un conocimiento tal de esta lengua que, en 1872, publicó una gramática del árabe popular marroquí, que modestamente tituló *Rudimentos del árabe vulgar*, pero que era la primera en su género y todavía no ha sido superada, al menos en español; también tenía dispuesto un embrión de diccionario del mismo árabe popular, que no pudo publicar en aquella época. Del árabe vulgar pasó al estudio del literario o clásico, del que igualmente estructuró una gramática, nunca publicada por haberla dejado incompleta. Tras la aparición de los *Rudimentos del árabe vulgar*, la Real Academia de la Historia le nombró miembro de pleno derecho.

Su prestigio intelectual y su calidad humana y espiritual ayudaron a que en 1877 -cuando contaba 34 años- la Santa Sede le nombrase

pro-prefecto de la Iglesia en Marruecos. La decisión de Roma fue muy mal recibida por el Gobierno español, del cual no se había recabado el acuerdo, siendo así que la misión franciscana en Marruecos estaba tradicionalmente bajo el patronazgo de España. Como la Curia romana no se plegó a las pretensiones del Gobierno español, se ordenó desde Madrid que el electo pro-prefecto -a quien los religiosos de la misión acataron como tal, habiéndose sometido él a lo decretado por el Papa- fuera exiliado a la capital de España. Ya en Madrid, mientras el pleito entre el Vaticano y el Gobierno español proseguía, Lerchundi pidió trasladarse a Granada, donde, en colaboración con los arabistas de su Universidad, especialmente con Francisco Javier Simonet, puso a punto un texto para la enseñanza del árabe clásico entre los universitarios españoles: la *Crestomatía arábigo- española*. Hastiado de que su “caso” tardara tanto en resolverse, renunció al nombramiento hecho sobre su persona -renuncia que no sería aceptada por la Santa Sede- y se trasladó al Colegio de Misiones de Santiago de Compostela, donde ejerció como profesor de Teología y Lengua Árabe, y, poco después, fue nombrado rector del Centro. Meses más tarde, se llegó a un acuerdo entre Roma y Madrid y Lerchundi pudo regresar a Marruecos en los últimos días de 1879, como superior de la misión y pro-prefecto de la Iglesia en este país.

A partir de 1880, hasta el final de sus días, Lerchundi, instalado ya en Tánger, desplegó, siempre dentro de su frágil salud, una variada y muy amplia actividad: organización interna de la misión e incremento del número de frailes, reestructuración de las actividades formativo-pastorales en el seno de la comunidad cristiana, restauración y creación de una serie de iglesias y casas de misión, renovación de sus escuelas primarias y creación de otras nuevas de segunda enseñanza -alguna profesional- para jóvenes cristianos y musulmanes, creación de

centros sanitarios con técnica europea -hospital y escuela de enfermería, construcción de un complejo urbanístico “Casa barata” para los sin techo, etc. De forma menos directa, pero siempre muy personal, alentó y participó en diversas iniciativas y empresas relativas a la urbanización y modernización en general de Marruecos, muy especialmente de Tánger, en la promoción de intercambios comerciales y de redes de comunicación internacional —cámaras de comercio, compañías comerciales marítimas, etc.—, haciendo realidad el movimiento reformista que los africanistas europeos, sólo en sus discursos y escritos, reclamaban para la sociedad marroquí. La introducción de la imprenta industrial en el país fue también obra personal de Lerchundi, con la ayuda económica prestada por las empresas del marqués de Comillas: la imprenta hispano-árabe, instalada en 1888 en la misión franciscana de Tánger fue, en efecto, la primera que comenzó a funcionar en Marruecos.

Dentro de este variado campo de acción socio-cultural, reformista, Lerchundi no dejó de lado la labor de investigación lingüística. Creó en Tetuán una escuela de árabe para la formación de los jóvenes misioneros y también de los futuros intérpretes del Estado español. Pero, sobre todo, mejoraría a lo largo de los años el diccionario español- árabe que ya había pretendido publicar al mismo tiempo que su gramática, cosa que logró en 1892, siendo uno de los primeros libros que salieron de la imprenta por él instalada en Tánger, en la cual, tras su muerte, serían sucesivamente reeditadas, al ser declaradas textos oficiales para el aprendizaje del árabe durante el Protectorado español.

El P. Lerchundi, no como hombre político sino como intermediario en las relaciones entre países, desempeñó también un importante papel, pues, en repetidas ocasiones, intervino para que España y Marruecos llegaran al entendimiento y la cooperación socio-económica y cultural.

Sus conocimientos de la lengua árabe, su carácter bondadoso y desinteresado, el talante franciscano de su presencia y actividades, su inserción en el pueblo marroquí, sus naturales dotes diplomáticas, le valieron al P. Lerchundi la confianza y amistad del Sultán Muley Hasán I, y, a la vez, el aprecio y consideración del Gobierno español, particularmente del Ministro de Estado, Sr. Moret, lo que le permitió al P. Lerchundi favorecer las relaciones pacíficas y apoyar múltiples iniciativas de desarrollo social y económico de Marruecos. Hay que destacar los buenos servicios que prestó el P. Lerchundi como intermediario e intérprete en las varias embajadas entre los reyes de España y el Sultán Hasán I de Marruecos, y en la embajada que el mismo Sultán envió al Papa León XIII en febrero 1888.

Para llevar adelante las obras que hemos mencionado, y las múltiples iniciativas con que trató de satisfacer o aliviar las necesidades de las clases más pobres y desfavorecidas, lo que le valió el sobrenombre de «padre de los pobres», el P. Lerchundi contó con la ayuda de numerosas amistades pudientes, solicitó ayudas oficiales, etc., y también fundó en Tánger la Asociación de Damas de Caridad, y en Madrid la Asociación de Señoras de María Inmaculada.

El recuerdo de cuantos le conocieron, sus obras y sus escritos, entre los que hay que destacar a este respecto un manuscrito suyo de cerca de 400 págs, una especie de "Confesiones", permiten subrayar algunas de las características más sobresalientes de la personalidad humana y espiritual del P. Lerchundi.

Desde joven demostró ser una persona de carácter íntegro y recio; fiel hasta el extremo en el cumplimiento de sus compromisos y responsabilidades; de carácter bondadoso y humilde, a la vez que sincero e indomable a la hora de defender lo que creía justo en materias de

obligada fidelidad; austero en su porte, activo, de talante abierto y renovador, preocupado por los demás, sobre todo los pobres, emprendedor, con gran capacidad para relacionarse con toda clase de personas, y con notables dotes diplomáticas. Al mismo tiempo, era un hombre de oración, de una profunda vida interior, amante de su vocación franciscana y misionera.

En cuanto misionero, hay que decir del P. Lerchundi que se adelantó a los tiempos y que integró en el talante evangelizador franciscano valores más cotizados hoy como pueden ser la inculturación y el respeto sumo a los credos e idiosincrasia de los pueblos.

Como síntesis, en el P. Lerchundi hay que destacar su recia y rica personalidad humana, su vida de fe y de oración, su amor y fidelidad a la Iglesia, su enamoramiento de la vocación franciscana y del estilo misionero de san Francisco, su voluntad y capacidad de inculturación en el mundo marroquí y musulmán, y su cercanía y amor a los pobres y a sus problemas, con el empeño de solucionarlos o aliviarlos. Al P. Lerchundi hay que considerarlo como uno de los mayores misioneros del siglo XIX en África, fiel discípulo de san Francisco en su espiritualidad y en su forma de evangelizar.

Fr. Emilo Rocha Grande, ofm
Arzobispo de Tánger